

LA VIDA QUE PASA

por Francisco-Manuel Nácher

Tras muchos años de madrugar, de trabajar, de luchar, de sacrificarse, de criar hijos, de educarlos, de verlos crecer, etc., uno empieza a preguntarse: ¿Y dónde estaba la vida?

Es como si todos esos quehaceres nos hubieran ido demorando el momento de "empezar a vivir". Y, cuando nos damos cuenta, resulta que la vida era eso, nada más (o nada menos) que eso, y nadie nos lo había dicho. Y nos sentimos como burlados, con el profundo sentimiento de que algo importante e irrecuperable se nos ha escamoteado. Y todo porque nadie se preocupó de "enseñarnos a vivir", es decir, a disfrutar, a rumiar con el alma todos esos años y cada uno de sus minutos, y a no tener permanentemente el punto de mira en el siguiente evento, y a preocuparnos más de saborear el presente, sin prisas y sin agobios y, sobre todo, a parar mientes en quiénes somos y en cuál es o debe ser nuestro papel en ese conjunto engañosamente desordenado y anárquico que parece el mundo.

Y así, cuando nos percatamos de ello, se nos pasó el tiempo y con él, la vida, y nos encontramos vacíos de vivencias trascendentes dignas de tal nombre, de certezas internas y básicas e inamovibles, de ideas claras, no ya sobre ese río del mundo en el que tanto tiempo hemos nadado sin que nadie nos enseñara a nadar, sino sobre nosotros mismos, como seres conscientes de ser, de existir; manipuladores natos de la naturaleza, que no sus víctimas; creadores en el mundo, que no criaturas; protagonistas, que no antagonistas.

¿Y qué hacer ahora, perdida ya la oportunidad de "ser", por ir, ciegos, en pos del "tener" o del "aparentar"? Lo mejor que podemos intentar, lo único que puede ya justificar nuestro prácticamente estéril paso por la vida, es advertir del peligro a nuestros hijos y a nuestros nietos y enseñarles a tiempo a "nadar", y a bucear en sí mismos, y a explorar sus yacimientos interiores, y a familiarizarse con sus recintos secretos, y a hacer brotar de su interior los lípidos pozos artesianos, y a beber de sus purísimas aguas y, luego, a mirar al mundo ya con mirada de comprensión, de saber, de esperanza, e introducirse en él sin miedos y sin ignorancias trágicas. Ese es nuestro último y, con seguridad, nuestro más digno cometido.